

In memoriam. D. Rafael Sánchez

Si es un honor escribir por primera vez en esta revista, amigo cofrade, más lo es que se haya tenido la deferencia de pedirme que recuerde, en tan emblemático espacio, a quien, aparte de ir unido a mi vida como algo fundamental e inseparable, fue piedra angular en los prolegómenos fundacionales de esta *Real Cofradía Penitencial de Cristo Yacente de la Misericordia y de la Agonía Redentora* que, en la madrugada del Jueves Santo salmantino, clava su hermosura andariega en estos lugares tan amados por todos nosotros.

Don Rafael Sánchez Pascual se nos fue al encuentro del Padre hace unos meses, con las maletas de la vida repletas del esfuerzo de un apóstol del Señor que supo darse. En este espacio cofradiero, que es guía referencial de ese espíritu que preconiza la hermandad cristiana que se mueve en torno a la fe popular que profesamos y expandimos, es preciso dejar constancia escrita, para que en los tiempos venideros, quienes nos sucedan, conozcan que don Rafael fue uno de los más dignos e imprescindibles representantes de la diócesis salmantina, a la hora de comprender este fenómeno religioso cultural que mueve, en las noches silenciosas de España durante los días santos, a miles de penitentes.

Hombres y mujeres que devotamente se entregan a recordar, por medio de una de las tradiciones más importantes de nuestra historia como pueblo, los hechos que se consumaron en Jerusalén en los principios de nuestra era. Don Rafael Sánchez Pascual, por encima de todas sus encomiables facetas como ser humano, fue un sacerdote ejemplar, revulsivo de un tiempo en que la moda aperturista y descentrada mordió el corazón de nuestras tradiciones, y entre ellas nuestra Semana Santa. El abandono y el nuevo pasotismo de muchos cofrades posibilitó que algunas cofradías desaparecieran y otras se sintiesen de forma clara en sus endeblés estructuras.

Si don Rafael Sánchez Pascual fue una fuente de comprensión inigualable para los barrios trastormesinos, desde la parroquia de la Santísima Trinidad de El Arrabal, como párroco, en los complicados años 70, fue un ejemplo de intuición y acercamiento a la Semana Santa salmantina. Al haberse centrado su apostolado cerca de los jóvenes, donde brilló con luz propia, pudo entender, como pocos, los atractivos religiosos y culturales que se conjugan en un desfile procesional que evoca a través del arte los hechos evangélicos que nutren la principal consistencia de nuestra fe. Don Rafa (así lo llamábamos) es una pieza imprescindible, desde mi punto de vista, en la gran transformación semanastera de nuestra ciudad. Por ello su protagonismo debe ser resaltado con letras de oro sobre el más estricto y loable valor de nuestro recuerdo. En los inicios de tu cofradía, querido hermano, don Rafa se constituye en pieza imprescindible para sacar adelante el proyecto, del que Ángel Jesús Ferreira Almohalla da cuerpo al primer embrión fundacional. Don Rafael, como muy bien lo hace constar Francisco Javier Blázquez Vicente en su libro *Semana Santa Salmantina*, “se hace cargo del apartado religioso, llevando a cabo las gestiones necesarias para conseguir la primera sede de la naciente cofradía, el Convento de la Madre de Dios, de cuyas monjas era capellán”.



Y así, con esta primera simiente de ilusión nace, junto al esfuerzo de otras personas indispensables en aquella difícil empresa inaugural, aquel anochecer del miércoles santo salmantino que se me ha grabado en la memoria, como uno de los momentos más inolvidables y hermosos de nuestra Semana Santa. El primer contacto con la emoción surge al contemplar la turbadora hermosura del Cristo de la Agonía Redentora bajo el espectacular entorno catedralicio.

Ahora, en ese óleo nocturno inigualable que proyecta la luz misteriosa de los hachones sobre las piedras del oro viejo salmanticense, don Rafael se une como un hermano de la eternidad, que torna al silencioso deambular de su cofradía.

J. M. FERREIRA CUNQUERO

